

hurda de inmundicia y laceria : una muger, retrato fiel de la porquería y la enfermedad, tenia sobre la cadera una tarasca con mui poco de criatura, y al mismo tiempo amasaba su harina con el puño derecho solamente. Una muchacha de unos doce años larga y enjuta estaba sentada encima de un barril royendo un tarugo. Asi que oyó la muger cuál era el objeto de mi visita, respondió : — «No, no soi yo; yo no tengo gallinas que vender ni huevos tampoco : mi hijo es el que tiene de todo eso y mucho *yo espero*. Aquí, Nicolasillo, añadió poniéndose á aullar al pie de una escalera de mano, aquí te busca una vieja que quiere gallinas.» Y Nicolasillo apareció como un duende al pie de la escalera. Al instante reconocí en mi nuevo recovero á uno de los arrapiezos de la pandilla que encontraba en mis paseos diarios, jugando al tejuelo en la basura con mas votos que harapos y palabras mas sucias que sus caras. Mi hombre parecia de edad de unos diez años.

— «Teneis gallinas, amiguito?»

— «Sí, y huevos tambien mas que no me comprareis.»

Habiéndome dicho el precio, condicion y demas que le pregunté, me acordé que me pedia lo mismo que solía yo pagar en el mer-

cado por las gallinas ya peladas y dispuestas para sacarlas á la mesa, y le dije que no debía pedir el mismo precio.

— «Oh! cuanto á eso yo *espero* que puedo pedir lo que se pide en la plaza. Yo las *fijo*.

— ¡Las *fijsais!*

— Y ¿porqué no? Pues sí, las *fijo*.

— Me parecia que erais aficionado á los tejos, y no pensabais en otra cosa.»

Su mirada fué penetrante y solo respondió :

— «¿Cuándo quereis las gallinas?»

Nos convinimos, y despues me las trajo muchas veces, siempre mui bien *fijadas*. Nuestras relaciones duraron bastante tiempo. Luego que le pagaba, metia él constantemente la mano en la faltriquera de sus calzones, que, segun presumo, siendo el lugar del tesoro, estaria menos deteriorada que las demas partes visibles de ellos, y sacaba mas *dollars*, *medios-dollars*, *levies* y *fips* que podia contener en su tan puerca como pequeñuela palma. Mi curiosidad era tan grande que, á pesar de la repugnancia involuntaria que me inspiraba el jóven israelita, entablaba con él frecuentes conversaciones.

— «Sois mui rico, le dije un dia, viéndole hacer alarde de su cambio, como él llamaba el dinero.» Hizo un gesto que nada tenia de la expresion jovial y franca de un muchacho y

me replicó : — « Mal estaria yo, si esto fuera todo lo que yo puedo enseñar. »

Preguntéle como se manejaba, y él me respondió : que compraba de los carros que pasaban por su puerta, para ir al mercado, los huevos á cientos y las gallinas flacas por docenas; que engordaba estas en pollerás que él mismo habia hecho, doblando asi su precio fácilmente; y que los huevos le producian el mismo beneficio, vendiéndolos á la docena.

— ¿ Y dais el dinero á vuestra madre ?

— Yo *espero* que no, fué su respuesta con otra mirada ladina que aumentaba la fea expresion de sus ojos de gato.

— ¿ Qué haceis con él ?

Su mirar decia claramente ¿ qué os importa ? pero se dignó responderme : — « Lo pongo en salvo. » Saber como adquirió Nicolasillo el primer *dollar* cosa es que ofrece muchos tropiezos. Segun me dijeron, cuando entró en el almacén de la aldea, la persona á quien servia no tenia bastante con dos ojos; mas luego que se ganó su confianza, el tino, la diligencia é industria con que aumentó y multiplicó su fondo hubieran sido prendas amabilísimas en uno de los niños bonitos y aseados de las novelas de Miss Edgeworth, que hubiera llevado á su pobrecita madre todo lo que hubiese podido ganar; en Colasillo todo era detestable.

Su corazón no abrigaba el mas leve sentimiento de humanidad, hasta el de su propia conveniencia le era tan desconocido que no solo se asomaba la miseria por los agujeros de sus asquerosos andrajos sino que se veia en lo flaco, macilento y cadavérico de su cuerpo. Yo estoi convencida que el tal recovero daba á sus gallinas la mitad de su alimento, y no por el amor que les tuviera, mas por no sacar un *flip* de su bolsillo.

No refiero yo la historia de *Nick* el recovero por ser un capítulo de la historia general de las costumbres americanas; la cuento á causa de su propia rareza. La parte única de carácter nacional que en esa anécdota se descubre, es la independenciam de nuestro hombrécito, cuyo ejemplo se puede añadir á otros mil de las disposiciones secas, interesadas é inhumanas que produce. Colasillo será probablemente mui rico; acaso llegará un dia á ser presidente de la federacion. En cierta ocasion me reconvinieron con tanta severidad, por haber dicho que no todos los ciudadanos podian, en mi opinion, ser elegidos indistintamente para desempeñar aquel oficio, que nunca me atreveré á volverlo á dudar.

Otro de nuestros conocimientos era el hortelano á quien soliamos tomar la verdura. Un dia recibimos de su muger una invitacion

mui atenta para « ir á pasar con ellos parte de la noche rezando. » Tan nueva era esta invitacion para mí, y tanto se alejaba de los usos y costumbres de nuestro país que no vacilé en aceptarla. He aquí la relacion de aquella visita singular.

Fuimos recibidos mui cortesmente y se nos señaló asiento en uno de los bancos que estaban al rededor de la salita destinada á la reunion. Nos encontramos con varios hombres que parecian trabajadores y con sus mugeres, todos sentados y guardando el mas profundo silencio, con aquel aire de que se reviste la gente grave cuando está en la iglesia. Al cabo de algun tiempo entró una fantasma larga, seca, macilenta y compungida vestida de negro: su trage, la manera de llevar cortado el pelo, toda su apariencia recordaba de un modo eficaz las figuras que se ven en los cuadros de la escuela flamenca y que representan los fanáticos partidarios de Cromwell. Se adelantó con paso magestuoso hasta la mitad de la sala, y tomó una silla que habia allí, mas no con intencion de sentarse. Volvió para sí el respaldo, apoyó sobre ella las manos, y haciendo un terrible esfuerzo de garganta como si hubiera querido desclavarse una espina que lo ahogara, espurreó todo lo que se hallaba cerca de él con una bocanada de tabaco mascado. La tos, los

gargajos y una lluvia de tabaco anunciaron la labra de Dios. El texto del sermon fué:—*Vivid con la esperanza*, y la exposicion duró dos horas, dos mortales horas de tono gangoso y arrastrado, sin mas intervalo que el que su reverendísima necesitaba para expectorar. No faltaré á la verdad, si digo que repitió cien veces las palabras del texto, lo cual da mas de un minuto por cada repeticion: aunque en realidad la pesadísima homilía no se compuso de otra cosa. Los diferentes tonos con que la pronunció, pudieran haber servido de leccion de énfasis: hubo gama de preguntas,—entonaciones de triunfo—alaridos de desesperacion—acentos de lástima—gritos de amenaza—voces de autoridad—tonos de duda—articulaciones de esperanza—ecos de fé. Despues de apurar todas las variedades del contrapunto dijo de repente:—« Vamos á orar, » y volviendo la silla que le habia hecho veces de púlpito, se arrodilló. Todos los demas nos arrodillamos tambien como él delante de nuestros bancos y escuchamos otra media hora la gerigonza miserable, familiar, baja que tuvo la presuncion de *improvisar* como plegaria dirigida á su Creador. En esta parte sin embargo el apóstol de las granjas seguia el ejemplo de todos los predicadores de los Estados-Unidos, excepto los católicos y los episcopales, que no se juz-

gan con el privilegio de familiarizarse con la divinidad, diciéndole vaciedades y disparates. Los tales repentistas orarán tal vez con mas fervor; pero lo menos que podemos decir de su celo y vehemencia es: que

« Alaban á su dios con torpe engaño. »

Un amigo enterado de tales materias, preguntándole yo qué provecho sacaba de sus tareas evangélicas el triste predicador de la « Esperanza, » me dijo: que infinito; porque muchas buenas mugeres, de lo que sus buenos maridos les entregaban para guardar, substraian mas que diezmos para recompensar el celo de aquellos apóstoles de su eleccion. Los tales zanganos andan de casa en casa, ó si la distancia es considerable, van á caballo comodisimamente en buenas jacas. No solo tienen la vaciedad del viento sino otras propiedades; porque soplan como él y como él van y vienen no sabiendo alma nacida ni de dónde vienen ni á dónde van. Cuando ven una casa, que promete posada cómoda y trato regalado, entran en ella y dicen á la buena muger: — « Hermana, ¿quereis que oremos juntos? » Si la respuesta es favorable, que rara vez deja de serlo, el reverendo y su caballo se instalan en el nuevo alojamiento hasta el dia siguiente

despues del almuerzo. Los mejores platos, la mejor bebida y el mejor cuarto son para el ministro mientras permanece en la casa, y por lo comun no se despide sin llevar algun dinero, limosna pia de la buena muger para sostener la iglesia mártir y crucificada. ¿ No causa extrañeza él que « el pueblo mas inteligente del mundo » prefiera semejante religion á un culto establecido por la piedad y la sabiduria de los mas hábiles y mejores entre los hijos falibles de los hombres, sancionado por las leyes de la nacion, y consagrado por la veneracion de nuestros padres?

Importaria que todos los que se ocupan en raciocinar acerca del sistema social, meditaran con madurez y sin preocupacion sobre los resultados del experimento que se hace en los países trasatlánticos. Allí aprenderian, si no me engaño, mejor que por medio de abstracciones metafisicas, cuales son los puntos en que los magistrados de un gran pueblo deben dirigirlo, y cuáles aquellos en que no deben intervenir. Yo creo sinceramente que, si un Brahma de la India ó un adorador del fuego pasase á los Estados-Unidos dispuesto á predicar en ingles, no tardaria mucho en formar « una congregacion mui respetable. » La influencia de la religion sancionada por el gobierno en ningun país podria esclavizar

en el siglo diez y nueve el pensamiento de los filósofos, mientras puede y debe consolidar las opiniones flacas y volubles de la multitud. La falta de este remo produce efectos verdaderamente lastimosos. Yo conocí dos familias, en la primera de las cuales una de las mugeres era metodista, otra presbiteriana, y otra baptista; y en la segunda habia tambien entre las mugeres una cuáquera, otra que seguia la secta de los universalistas y otra que se declaraba atea. Porque todas estas eran en efecto mugeres y de la sociedad escogida de América, pero cada una y todas juntas tan incapaces de raciocinar sobre lo pasado, presente y futuro como los niños que criaban, y con todo perfectamente dispuestas para seguir con firmeza y provecho la senda que se les indicara. Mas, si continuo, podrán llamarme á mí tambien del gremio de los *itinerantes*.

Como no poseo el talento mágico de mi amiga miss Mitford para animar graciosamente y presentar con atractivo hasta los mas humildes pormenores de un cuadro rústico, no me aventuraré á detenerme en la descripcion de las granjas que rodeaban nuestra habitacion; mas no me despediré de ellas sin hacer mencion de uno ú dos vecinos á quienes debí muchas atenciones y tan constantes muestras de afecto en todas mis ligeras difi-

cultades domésticas que, mientras conserve mi memoria el nombre de Mohauca, será una satisfaccion para mí el pagar un tributo cariñoso á aquellos amigos de quienes me separa tan vasta distancia. ¡ Ojalá pudiese yo esperar el verlos en mi pais! ¡ Con qué gusto no les pagaria, en cuanto pudiese, parte de los favores que les debo!